

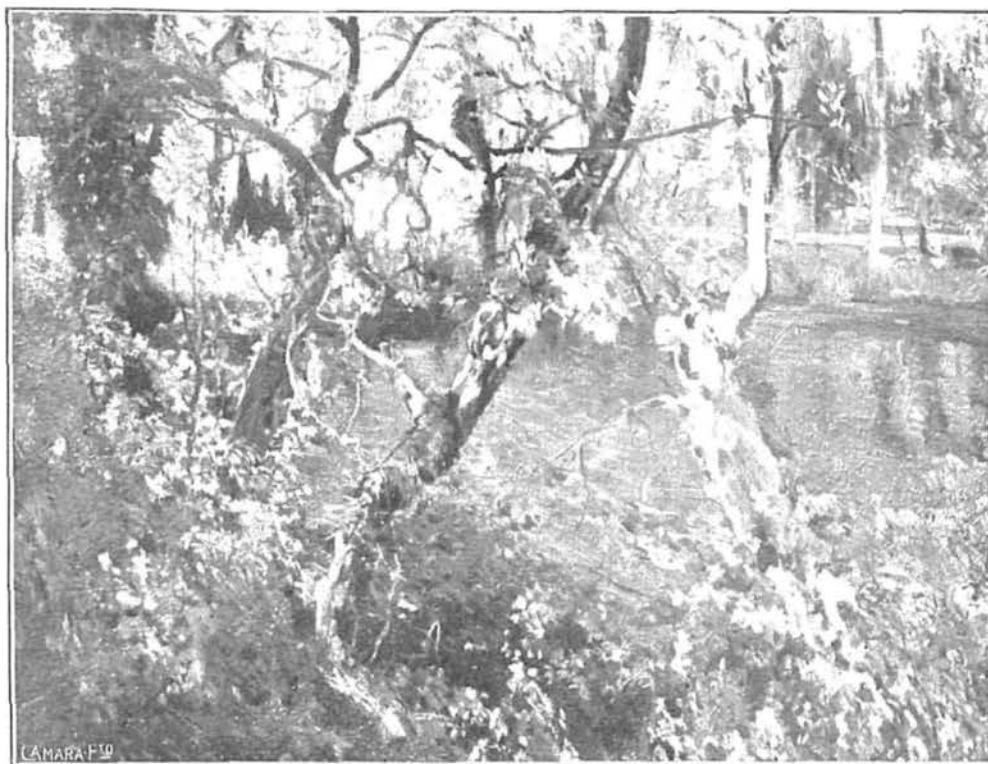
La Exposición Nacional de Bellas Artes

OBRAS Y AUTORES
Comentarios críticos
por José Francés



OFRENDA, escultura de Ignacio Pinazo

Hasta aquí una escultura que pudo pasar inadvertida como un nino entre gigantes o como una voz titilante entre un criterio múltiple. Nada importaría la perfección y la belleza física del nino, ni el armonioso timbre e impecable escenificación de la voz para esta lamentable inadvertencia. La sección de escultura que se amenaza será menos numerosa que nunca, es más que nunca numerosa. En el recinto de los elegidos, allí donde habían de colgarse las medallas, hay demasiadas esculturas, sin tranquilidad de espíritu, sin pausas de contemplación, dandose unas a otras con la excesiva proximidad y la diferencia de proporciones entre un busto de nina y una figura monumental de matrona. Así, este desdulado modelado por Ignacio Pinazo, con un humor suave y cariñoso, es la como avergonzado de tener las proporciones normales y humanas. La misma falta de picardía profesional que le ha impulsado a defender su nombre y su talento, desentramando los bellos secretos de la forma de un encapuchado y gordo torso de linea, tuvo Ignacio Pinazo para titular su obra así, sencillamente, *Ofrenda*. Pudo simbolizar, abarcar una concepción más amplia dentro de su normalidad formal. La cabecita de la sacerdotisa ibérica en que está inspirada le autoriza para ello. Prefirió, sin embargo, limitar su inspiración al originalísimo tocado de esta *Dama de Elebro*, enigmática y lejana, que sirvió para reconstruir aspectos modestos de la civilización ibérica. No intentó, según han creído algunos críticos, reconstruir lo que ya se construyó en bronce. Otra vez, no mas, coronar dignamente un bellísimo torso de mujer de scandi, y eso está bien conseguido, porque, aun en la ingratitud, farcia de la escayola, se siente circular la sangre en este torso admirable, en el que no ha sido preciso mudilar los brazos simétricamente doblados, en oferta de los páganos presentes a los dioses, para que se destaque valiente y puro.



AGUAS DE MOGUDA, cuadro de Joaquín Mir

HAZ muchos paisajes en esta Exposición. Tantos que, al hojear el catálogo, se hunde en pozo el espíritu, imaginándose en qué es grato evocar un amor, o repetir versos de poeta favorito. Imaginase también que habrá aquellos jardines humildes y pueblerinos donde olvidar el prosaismo cotidiano y el urbano ejercer. Ya en el Retiro, tan uberrimo, tan esplendido en estos días optimistas de Junio, tan unico en su alegre armonia de luces y sombras, de cupidos atildados y verdes praderas, de policromia floread y polifonía de ruidos-gratos, sentimos flaquear nuestra esperanza. ¡Diables! idea parece ésta de celebrar la Exposición en primavera y en el Retiro. Terrible competencia la maravilla natural del Parque para los pedazos de Naturaleza enterrados en un marco sujeto a un lienzo, como mariposas en cartones de entomólogo. ¿Va a la pena de abandonar las avenidas acarriadas de sol y arrulladas por los pájaros, para entrar en las salas angustiosas y demasiado sombrías? Y, sin embargo, entramos dejando, como nuestro bastón, un suspiro a la puerta, que recogeremos luego, ya libertados del paisaje artificial, de tanto paisaje artificial y artificioso, como este año tiene la Exposición. Mienten los unos: melancolía y reposo; se disfrazan de energía los otros con vestidos de receta; se alumcan e ilullan, como seres vanidosos, aquéllos; y distingulan estos su torpeza expresiva con audacias cegadoras de colorido. Y, entonces, acudimos a Mir, el Mir tan prodigo siempre de emoción y de luz; el Mir de años anteriores, generosamente enloquecidos por panteista amor. Nos han dicho que los tres paisajes de Mir eran este año mejores que nunca. Y nos lo dicen todo: la Prensa diaria, los profesionales, los visitantes profanos... Sentimos una leve zozobra. Cuanto un artista es ya indiscutible para todo el mundo es, tal vez, cuando ya le podemos discutir. Es vieja y repetida la historia. Primero la rebeldía, los empeñamientos de hombres frente al juicio filisteo; luego la sumisión a los halagos; el tardío deseo de las consagraciones oficiales. Este es el caso de Joaquín Mir. Sus tres lienzos de hoy no vienen lo que un pequeño apunte de los de ayer. ¿Dónde está aquella soberbia locura que invadió al artista, frente a los luminosos desbarcamientos crónicos de Mallorca? Como un sueño indivisible acuden ahora a nosotros las visiones de esplendor y de grandeza rítmica de las cuevas de Ártia y de las cumbres embriagadas de sol... Y no solamente estas visiones radiojas de la *Isla dorada*, sino sus mismos cuadros de la Exposición Nacional de 1915, cuando todavía no se consideró al gran artista con derechos a la primera medalla, a pesar de *La cueva y la roca*, el lienzo capaz de ennobecer y depurar toda una época pictórica. No obstante aun, en las *Aguas de Moguda* se ha refugiado el primer paisajista español. Basquemelo allí entre su curitina de grises, azules y verdes. Este pájaro fantástico encaramado en una rama, como las aves de los esmaltes orientales, va a cantar la canción armoniosa de otros tiempos...



FLORISEL, cuadro de Juan Luis López

ESTÁ cerca de las mozas risueñas y castamente picanas de Hermoso. Dírígase que van a pasar por delante de él con el revuelto políromo de sus vestiduras y el estrepito de sus risas y el lozano perfume de sus frutas y de sus flores. Si acaso, únicamente la moza rubia de las azules niñetas y el gesto mendancélico, que sostiene en la mano una rosa languidamente, como sostendría una carta de amor, miraría á este rapaz del rostro místico y el alma romántica. El ha dejado de traer su dantzeta donde duerme la galvánica melancolía del popular ritmo. Mira á los seres y á las cosas sin codicia; pero con un aire resignado de adios. Bajo los castaños sombríos repite en nuestra época la actitud recogida y serena, el ametrallado recato, la sublime sencillez de un primitivo. Tiene, además, un nombre cariñoso de romances: *Florisel*. Antes de ser una revelación en el cuadro, aquí, entre la turba multa de benzos, críticas ignoras y visitas burlones, fue una revelación en la vida mansa y solitaria del artista. La misteriosidad misma del procedimiento, la calma señera del paisaje, la lealtad sumisa de la mirada infantil, y esa linea decorativa de la mano sosteniendo la flauta, son otros tantos motivos de belleza profunda y permanente. Dírígase que a este *Florisel*, como á una ventana sobre el campo sugerido y misterioso de su Galicia, está asomado el artista. Juan Luis es como otro *Florisel* que dejará la flauta por los pinceles, que cambiará las dulces modulaciones místicas, por las gamas dulces pictóricas. Es, así, medroso en las palabras y en los ademanes, humilde en el mirar, y fanzideando de melancolía bajo los palos ramulosos de los castaños. Pero tiene un alma recta y enamorada, con fortuna, de la gloria.